

ralizada en todo el Oriente y sostenida por varios Santos Padres. «Antes de entrar Noé en el arca, se dice que repartió entre sus hijos Sem, Cam y Jafet, los huesos de Adam, que conservaba como el tesoro más querido del mundo; y en este repartimiento tocó á Sem la calavera por ser el primogénito. Cuando la familia de Noé salió del arca despues del diluvio, Sem, que se cree no es otro que Melkisedec, fundó á Jerusalem, y en la roca más alta enterró, como quien allí deposita su gran tesoro, la calavera de Adam. Trascurrió el tiempo, y Dios que en sus inescrutables designios, que en su inmensa sabiduría dispone las cosas de la manera más conveniente y por los medios al parecer más naturales, quiso que en aquella roca se plantara más tarde el árbol de la redencion del género humano, la cruz en que murió Cristo. Al exhalar Cristo el postrimer suspiro tembló la tierra, se abrió el monte, la sangre de Jesus, penetrando por aquella requebraza, cayó sobre la calavera de Adam; y el género humano quedó limpio de su pecado con aquella sangre justa, desde el primer hombre que fué hasta el último hombre que será!» Esta tradicion se encuentra muy generalizada en Oriente, como hemos dicho; la sostienen Orígenes, San Agustin, San Ambrosio y otros, y de ella proviene la costumbre de colocar en la cruz debajo de los piés de Jesucristo una calavera, que representa la de Adam recibiendo la sangre de la purificacion universal. Se cree tambien que en aquella

santa gruta se halla sepultado Melkisedec, ó sea Sem, primer hijo de Noé. Yo confieso, que uno de los lugares que más respeto y más recogimiento infundieron en mi alma fué aquella veneranda gruta.

### VIAJE A BETHLEM Y SAN JUAN.

*Domingo 11 de Marzo.*

*Mi partida.—Estrella de los reyes magos.—Abacuc.—Desierto de Elias.—Sepulcro de Raquel.—Bethlem.—El portal de Bethlem.—El pueblo y la gruta de los pastores.—El desierto.—San Juan in montana.—Casa de Zacarias.—Capilla de la Visitacion.—El arbol con que se fabricó la cruz.—Batalla entre dos tribus de beduinos.*

#### I.

Habiendo visitado ya si no todos, al ménos los principales lugares que contienen Jerusalem y sus alrededores, pensé en visitar Bethlem, tan célebre como Jerusalem. El camino de Jerusalem á Bethlem no ofrece peligro, y las dos leguas que median entre una y otra ciudad son pintorescas; pero en todos los paises que he recorrido de la Palestina, he observado una decidida tendencia á caminar



en caravana, y los árabes que el viajero se encuentra en el camino, se agregan á él sin pedir permiso para hacerlo, engrosando la caravana con sus personas. Esta tendencia á formar caravanas y á agregarse á ellas, debe provenir, en mi juicio, ó de la costumbre que tenían los patriarcas de viajar así, porque en la Palestina nada han cambiado sus antiguas costumbres, ni sus antiguos trajes, viviendo aún y vistiendo como se vestía y se vivía en tiempo de Abraham, ó del temor que abrigan incesantemente de ser asaltados por los beduinos, ó de las dos cosas á la vez.

Yo, pues, ajusté mi viaje con el dragoman Rafael, y á las siete de la mañana del día 11 nos encontrábamos en la puerta de Jaffa Rafael, mi buen amigo fray Manuel Yuvero, los dos frailes italianos fray Giovane de Santa Teresa y Fray Francisco de Nápoles, el jóven sueco y dos múcaros negros, que cuidaban de nuestros caballos: de esos caballos árabes, de poca alzada, de humilde aspecto, que no se van del punto en que se les deja; que al sol y á la sombra permanecen inmóviles con la cabeza baja; que no comen mas que dos veces al día, pero que cuando el ginete oprime sus lomos se estremecen, levantan la cerviz, hinchán las narices, vierten fuego en su mirada, toman viento, y al escuchar la voz del árabe, que les da señal, la parten como el rayo galopando erguidos por llanos y montes, sin nunca fatigarse ni desbocarse nunca.

La mañana estaba deliciosa; ¡con qué placer re-

uerdo aquella mañana! Aún se aspiraba el fresco aliento de la noche anterior: el sol, alzándose sobre el horizonte que forma el monte Olivete, bañaba con sus primeros rayos los altos muros de Jerusalem, y al Occidente se perdía la vista por valles y colinas, más pintorescas á medida que más se alejaban de la Ciudad eterna, de la Ciudad maldita. Montados todos, cada cual en su caballo, ménos los múcaros, que iban á pié, comenzamos la marcha en medio de la alegría más completa, contribuyendo no poco á nuestra algazara fray Francisco, el fraile jóven napolitano, que nunca había montado, y que se asustaba y se agarraba á la silla, y se balanceaba cada vez que el caballo amenazaba romper á galopar. Las dos leguas que median entre Jerusalem y Bethlem, son de las más amenas que hay en la Judea; muchas tradiciones me refirieron tanto el reverendo Padre fray Manuel Yuvero como el dragoman Rafael, alusivas á los puntos por donde pasábamos. En aquel país, ya lo he dicho varias veces, cada ruina, cada árbol, cada peña, fué testigo de un hecho, que mucho interesa al historiador, y que en oírlo goza sobremanera el cristiano; pero en este pequeño libro me ocuparé solo de los de mayor importancia.

Media hora haría próximamente que habíamos principiado la marcha, cuando llegamos á una cisterna que se abre en la orilla izquierda del camino, junto á cuya cisterna se une á nuestro camino



otro mas estrecho que va del monte Sion: aquel estrecho camino es el que desde Jerusalem llevaron los reyes magos, y aquella cisterna señala el punto en que los dichos reyes se encontraban cuando volvió á aparecéseles la estrella, que habia desaparecido al entrar ellos en Jerusalem: de modo que desde esta cisterna hasta Bethlem fuimos por el mismo camino que fueron los reyes magos. Diez ó doce minutos despues me llamaron la atencion sobre una pequeña roca que se levanta próxima á la márgen derecha del camino: en aquella roca estaba durmiendo cierto dia el Profeta Abacuc, cuando un ángel le tomó de los cabellos y le condujo á prestar consuelo al Profeta Ezequiel, que gemia preso en Babilonia. Quince minutos despues llegamos á un alto, sobre el cual, á mano derecha, hay un convento, cuyo convento fué construido sobre la gruta en que vivió Elías cuando se retiró al desierto: y el desierto era el campo que nosotros cruzábamos entónces, tan árido, que solo yerbas podria ofrecer para su alimento al Santo. No obstante, desde aquel alto se descubre un paisaje encantador. Mirando al Este se ven los yermos campos de Jerusalem y los minaretes de esta célebre ciudad; mirando al Oeste, las fértiles campiñas de Bethlem y el mismo Bethlem, risueño, agradable y placentero. una legua estábamos de la Ciudad Eterna, y ya todo habia cambiado; no es exageracion; el cielo se presentaba más trasparente, más puro; el suelo más fértil, cubierto de

olivos, de higueras, de granados y de toda clase de verduras y hortalizas: las mujeres más bellas, más simpáticas, vestidas con trages más vistosos, con la cara descubierta, como que á ellas no les dijo Jesus: "Llorad por vosotras y por vuestros hijos;" los hombres, casi todos cristianos, más expansivos, más comunicativos, más dulces, más alegres, como que sus padres asistieron al nacimiento de Jesus; como que sus padres fueron los primeros en el mundo que vieron á Jesus; como que ofrecieron á la Santísima Virgen en su miseria los humildes dones que poseían; como que ellos ni prendieron á Cristo en el huerto de Gethsemani, ni le abofetearon en casa de Anás, ni le insultaron en casa de Pilatos, ni le atropellaron en la calle de la Amargura, cuando cargado con la Cruz caminaba hácia el Calvario..... ¿Qué extraño que Jerusalem sea sombrío, estéril, triste, silencioso, y Bethlem risueño, fecundo, alegre, jugueton, si entre Jerusalem y Bethlem média la esencial diferencia que entre la cuna y la tumba, que entre la inocencia y la culpa, que entre la virtud y el crimen?.....

No es posible hacer comprender al lector el gozo que experimenta el viajero á medida que por el camino de Jerusalem á Bethlem va encontrándose los bethlemitas de ambos sexos, que se dirigen á vender sus mercancías á la Ciudad Eterna, y lo miran con ojos de agrado, y lo saludan con la sonrisa en los labios... para apreciar esto en su justo



valor, es necesario pasar algunos dias en la sepulcral Jerusalem; allí donde todo es macilento, donde todo es lúgubre, donde todo señala el horrendo delito que hace más de diez y ocho siglos se cometió en el Hombre-Dios.

Media legua más allá del convento de Elías, dejamos en la orilla derecha del camino un edificio cúbico con su *cubbé*, cúpula semiesférica de piedra; este edificio, que me dijeron ser sinagoga, aunque tiene todo el aspecto de mezquita, guarda en su interior el sepulcro de Raquel, esposa de Jacob; sinagoga ó mezquita, no se permite bajo concepto alguno la entrada en el á los cristianos. Media hora despues llegamos á Bethlem. ¡Qué reflexiones asaltaron mi espíritu! ¿Quién no ha tenido en sus primeros dias un nacimiento de carton ó de corcho, donde ha visto el pueblo de Bethlem?..... ¿A quién su madre, estrechándolo contra su pecho, no le ha enseñado entre dulcísimos besos, este dulcísimo nombre?..... ¿Y quién al entrar en el verdadero Bethlem..... Quién al entrar en aquel privilegiado pueblo..... no ha sentido trasportada su alma por encanto á aquellos mágicos instantes de la vida que para siempre acabaron ya? ¿Quién al entrar en Bethlem no siente unirse con su infancia su edad presente?

Bethlem es un pueblo que se extiende de Occidente á Oriente en la ladera meridional de un monte, que los indígenas llaman Djebel-el-Balem. Sin apearnos, cruzamos una calle larga, contem-

plando las casas que nacen en la falda del monte, á la derecha, y en la deliciosa vega que, escalonada en tablares, se descubre por intervalos entre las casas de la izquierda. Habiendo atravesado la ciudad, que ciudad es Bethlem, salimos á un pequeño descampado ó gran plaza, donde, como era domingo, y la mayoría del vecindario es católico, estaban reunidos los hombres y los chicos, como sucede en las villas y aldeas de nuestra patria; frente por frente á la boca-calle, que dejamos á la espalda, se ofreció á nuestra vista, cerrando la plaza, un promontorio de murallas, de rebelines y torres; son tres murados conventos pertenecientes á los frailes latinos ó católicos, á los griegos y á los armenios, que confundándose uno con otro, se agrupan todos á porfia sobre una cueva, sobre un establo que hay en el monte; es que en aquel establo, es que en aquella cueva nació Jesus. Confecto, en aquella parte del terreno, que los bethlemitas llaman El-Eyane, se levantan un convento latino, otro griego, otro armenio: entre los tres, contienen dos magníficos templos, el de Santa Catalina y el de Santa Elena, y en estos dos templos se abren puertas que, mediante escaleras, guian al Portal de Bethlem, segun decimos en Occidente, ó la Gruta de la Natividad, segun con más propiedad dicen en Oriente. El templo de Santa Catalina tiene una escalera de muchos peldaños, que yo no pude contar, porque ni bajé ni subí por ella; el de Santa Elena tiene dos esca-



leras que, como la de Santa Catalina, conducen á la Gruta en que nació Jesus: una de estas escaleras, por la que bajé, se compone de diez y seis peldaños, y la otra, por la que subí, se compone de trece.

Cuando llegamos á la plaza y paramos en la puerta del convento, nos rodearon algunos hombres y bastantes muchachos; con aspecto risueño tomaron los caballos del bocado para que nos apeáramos, y aunque llevábamos múcaros, ellos se encargaron de cuidarlos. En el convento, donde me esperaban hacia dias, nos introdujeron en un salon rodeado de divanes; salieron á saludarnos varios frailes españoles, y nos sirvieron á todos agua de limon y de naranja.

Si el lector permite al autor hablar un momento sí mismo mientras descansamos en aquel salon vestido á la oriental, recibiendo obsequios de los reverendos padres españoles y de algunos árabes que fueron á visitarme, como por ejemplo, el hijo tercero de la familia de Comandari, voy á referir un hecho particular, que deseo quede consignado en este libro de recuerdos. En mi pueblo nativo, Cervera del Rio Alhama, provincia de Logroño, gallardea sobre la cumbre de un monte, frente á un castillo musulman, que corona majestuoso la cumbre de otro monte, una ermita dedicada á la Asuncion de María, y conocida en el país con el nombre de La Virgen del Monte; en el tejado de La Virgen del Monte tremola siempre una bande-

ra blanca, que el dia de la Ascension se renueva con gran pompa religiosa, siendo precisamente una doncella la que ha de prenderla en la asta clavada en el tejado. Ermita y bandera pierden su origen en la oscuridad de los tiempos, y por lo tanto, piadosas y gratas consejas se refieren de una y otro: gran devocion tuvieron mis abuelos y mis padres á esa ermita; en ella me enseñaron á orar; fundado en sus tradiciones, escribí yo una de mis primeras novelas, con el título de La Bandera de la Virgen del Monte, ó La Mora encantada, y poco ántes de entrar en Bethlem, cuando marchaba por aquel camino lleno de recuerdos bíblicos, involuntariamente se fijó mi pensamiento en aquella ermita, dulce sagrario de las primeras oraciones de mi vida, y al pensar en ella sentí el deseo de hacerle un regalo, de llevarle de Tierra Santa algo que no fuera comun en España. Entónces, dirigiéndome á mi querido amigo fray Manuel Yuvero, le dije: «Que costara lo que quisiera, tenia empeño en que me cedieran una casulla, con la que hubieran celebrado misa mucho tiempo en el Santísimo Sepulcro.» Fray Manuel Yuvero, me contestó: «Que era muy difícil conseguir lo que pretendia, porque nunca habia salido nada para ninguna parte de la basilica del Santísimo Sepulcro.» Sin embargo, al dia siguiente habló fray Manuel con el reverendísimo padre Custodio, y el reverendísimo padre Custodio contestó al pié de la letra lo que me dijo fray Manuel Yuvero: «Que jamás



habia salido casulla alguna, ni ningun otro ornamento de aquel templo; pero que atendidas ciertas razones, me regalaba una á mí en nombre del Santísimo Sepulcro. Llevé á mi pueblo esta casulla, con la que se ha celebrado misa durante diez años en el sepulcro de Cristo; en mi pueblo se recibió con entusiasmo este regalo; se levantó acta de él, y la casulla se conserva en la ermita de La Virgen del Monte con respeto y veneracion. Dispénseme el lector si me he distraido de mi objeto principal; pero hoy, en que enfermo aún escribo este libro, me es muy grato recordar con sus detalles los instantes que lleno de salud trascurrieron para mí en Tierra Santa, y cuanto á Tierra Santa liga con el pueblo donde se deslizaron los primeros años de mi vida.

Cuando hubimos descansado, entramos despues de cruzar algunos corredores, en la iglesia de Santa Elena, ó como allí la nombran, en la Basílica de la Natividad. Este templo, obra magnífica del arte, construido por Santa Elena, perteneciente un dia á los frailes franciscanos, y hoy á los griegos y á los armenios, que lo han dedicado á iglesia parroquial, ofrece un golpe de vista majestuoso. Tiene treinta y tres metros de longitud; lo constituyen cinco naves formadas por cuatro órdenes de columnas monolitas, de una piedra, que creo sea la que allí llaman Meshe-jelí, cuyas columnas ascienden á cuarenta. La nave central, más ancha que dos de las laterales juntas, sostiene sobre los

capiteles de sus columnas un muro á cada lado de diez metros de alto con un orden de rasgadas ventanas; sobre estos muros descansa la techumbre de dicha nave central que, como en todas las basílicas de aquella época, es de madera. ¡Magnífico templo! ¡Lástima que en una de las convulsiones de diferentes clases que han sufrido los Santos Lugares, la hayan perdido los hijos de San Francisco y se hayan apoderado de ella los cismáticos griegos y armenios! Cruzando esta gran basílica, pocos pasos despues de dejar á la izquierda un altar, donde estaba celebrando misa un sacerdote griego, y eso que miéntras los griegos y armenios dicen la misa, no permiten entrar á los católicos en el templo, llegamos á una pequeña puerta que se abre en el muro de la derecha: esta puerta da paso á una escalera oscura, compuesta de diez y seis peldaños, y esta escalera, que yo bajé con suprema alegría, conduce al «Portal de Bethlem» ó á la «Gruta de la Natividad,» al mismo punto en que nació Jesus.

## II.

La Gruta de la Natividad, la santa gruta donde en una noche de frio se recogieron el justo varon José y la purísima doncella María, porque no encontraron posada en la ciudad de Bethlem; la gruta venturosa en la que cumpliéndose las profecías